

A b s u r d e c e s

PETICION DE MANO



N el duro ángulo de su despacho, don Rosendo recibió la visita del joven tímido y desconocido. Yo... yo... — tartamudeaba el visitante.

—Puedo decirme con entera confianza lo que desea.

—Yo venía para que me concediese usted la mano...

—¿Qué mano? Explíquese, caballero.

—La mano... Su mano.

—¿La mano de quién?

Hubo una pausa embarazosa y llena de eterno silencio. Los agujeros de los clavos antiguos miraban al visitante cuya petición resultaba increíble, porque don Rosendo no había tenido una hija cuya mano pudiese conceder.

—Joven, cada vez pienso más que está usted en un error... Quizá se ha equivocado de portal...

—De todo me podría haber equivocado menos de portal... ¡Yo conozco tanto!

Don Rosendo, cada vez más preocupado, avanzó el busto sobre la mesa y con sorna preguntó al joven:

—Pero bueno, ya que se empeña, ¿de cuál de las hijas que no tengo quiere usted la mano?

—De ninguna.

—¿Entonces?

—No es de una mujer la mano que le pido, es una mano más eterna, es la mano de bronce que hace de llamador en su puerta.

Don Rosendo sonrió, sospechando que se trataba de un loco.

—¿Pero qué tiene esa mano para que lo haya obsesionado tanto?

—Que es la mano de forma más pura que hay en la ciudad y reluce en mis noches de hombre solitario como llamador de las estrellas.

Don Rosendo, con más acentuada ironía, dijo entonces:

—Cuente con ella desde ahora mismo. aunque una petición de mano es cosa que hay que pensarla mucho... Mañana estará a su disposición.

EL LUGAR DE LOS CARBONIZADOS

En el otro mundo, además del infierno, el cielo, el purgatorio y el limbo, hay un lugar especial para los carbonizados.

Los carbonizados, después de la carbonización, no son ni pecadores, ni virtuosos, ni tontos, y al mismo tiempo han sufrido una horrible depuración que les hace merecedores de un lugar aparte que sin fiestas gloriosas, tampoco tenga tormentos, ni sea un lugar tan anodina como el limbo. El lugar de los carboni-

Por Ramón Gómez de la Serna

(Para LA NACION) MADRID, enero de 1929.

zados es un lugar pacífico, verdadero pueblo virgiliano con una dulce paz octaviana.

Lo que resulta más extraño en este lugar de los carbonizados es que son los únicos negros del otro mundo, porque en el revés celestial hasta los negros pasan a ser blancos.

Por causa de las guerras y de los incendios de grandes teatros, el lugar de los carbonizados está habitadísimo y su aspecto es cada vez más lamentable, menos para ellos mismos, cuya muerte se parece tanto a la de los demás muertos, que pasado el mal momento les gusta mucho hablar de cómo sucedió el terrible incendio y del espectáculo que presentaba la sala o las trincheras cuando fué más braseo de sus vidas.

En el universo de la imaginación tenemos que tener inventado y descrito el lugar de los carbonizados. ¡Qué lapsus durante mil novecientos veintinueve años!

CONFUSION DE PASAPORTES

El tren llevaba una hora parado en la frontera.

Todos esperaban su pasaporte improntado con el sello morado de la policía.

La máquina pitaba impaciente, pues aquellos minutos repercutían en la estación de término.

Por fin avanzó el agente y comenzó a dar los pasaportes por las ventanillas, diciendo apenas al "¿usted es éste?" que nos desconcierta hasta en los momentos normales, llegando a no reconocernos nosotros mismos en esas fotografías de los kilométricos de la policía.

En la urgencia todos los pasaportes fueron trabucados, y cuando partió el tren todos éramos otros.

Nunca he sentido molestia y confusión como aquella, en un tren que por causa de aquel trastruque pareció convertirse en un tren mal agorero y propicio a hundirse en ese puente que tiene preparada su construcción de naves de acero para derrumbarla a la menor indicación o involucro de la suerte.

Todos surcábamos los pasillos buscando a los otros "nosotros", y los hombres gordos obstaculizaban largo rato el tránsito con la cuña insubstancial de sus barrigas.

¿No era de un ladrón de trenes el retrato de aquel tuncuco que me había tocado en suerte? ¿Dónde estaba el tal? ¿A que ya estaba cometiendo robos con mi pasaporte?

Como si todos, frenéticos de hambre, buscásemos por lado contrario el coche restaurante, pasábamos de vagón a vagón buscando suplantadores, siéndolo nosotros mismos.

¡Qué lío! Nunca me he sentido con el alma más perdida y teniendo cosas más extrañas, entre ellas que el tren, confundido de destino ante aquella confusión, se convirtiese en tren ascendente en vez de tren descendente.

Porque en una estación de larga parada, todos nos apeamos al andén y cambiamos nuestras falsas almas por nuestras almas verdaderas.

LA TROMPETA QUE QUISIERAMOS

Quisiéramos una trompeta que interpretase delirios y contramánas, una trompeta loca por la que desahogar las absurdidades sobrantes, que ni pueden decirse ni concebirse.

Una trompeta que hiriese con balines de notas todas las paredes indiferentes, todos los cristales de los balcones, de los que no leen ni entienden.

Una trompeta de delirios y de chirriatrazos amarillos, que nos estuviesen llevando al otro lado de la colina sin necesidad de movimientos, rogándole al sol más rayos salútficos.

Muchas veces he estado por adquirir una trompeta de soldado para ver de conseguir ese desahogo civil y liberal, grito de la vida en su dolor de tener que morir, pero no me he decidido.

Tocando esa trompeta de un dorado rojizo, conseguiríamos descartar de nuestro espíritu mil rípios y gallos que lo atraviesan.

Esa trompeta sería pistola de suicidio para no morir de las resultas de su disparo, porque, ¡ay!, morir se sería demasiado.

Claro que los demás protestarían de nuestra trompeta clarificadora y dirían que éramos unos locos, pero contra toda aseveración de locura nosotros opondríamos una última prueba favorable: que nos quitasen la trompeta y verían que ya no desentonábamos, y si nos viésemos muy perdidos, llegaríamos a decir que la trompeta era la que estaba loca.

GREGUERIAS ABSURDAS

Imponiendo silencio a una cosa que se oye, se suele romper menos.

Una vez sucederá que una carta de celos y repaños hará estallar uno de los postes postales de las avenidas.

Cuando los ricos aristócratas volvieron del verano, no había tapices en sus salones, pero sí un enjambre de mariposas de color, con todos los matices de los antiguos tapices incendiados de mariposas.

¿Qué le pasaba a aquel hombre? Mucho lo medité, pero al fin di con ello.

en el distrito, los ingenieros encontraron en diversos sitios viejos pozos y galerías que habían sido cubiertos con cuidado y eficazmente. Siguiendo esas obras, se encontró que, a pesar de que los mineros de aquellos tiempos primitivos comenzaban por lo general sus trabajos en los sitios de afloración de las venas metalíferas, en otros lugares, con asombrosa habilidad, cavaban sus pozos hasta dar con el estaño en el fondo, a veces a 50 pies de profundidad. Otras dos cosas había que notar: los conocimientos mineralógicos de aquellos antiguos mineros, especialmente los más antiguos, y la manera cómo obtenían el material puro de la montaña, con admirable precisión e inteligencia.

Es interesante también registrar que las minas fueron trabajadas en tres períodos diferentes, como puede verse por las capas de arena depositada en las estaciones de las lluvias entre uno y otro período. Las primeras obras son las más limpias. Por ejemplo, hemos encontrado una galería de 98 pies de largo y 3 pies de ancho y 1 1/2 de alto (¿podían esos hombres trabajar en semejante espacio?). Las obras del último período son muy inferiores a las otras.

Hice al fin la más importante observación de todas en una mina del Sur. En ésta, la galería no había sido cerrada artificialmente; el pozo tenía una profundidad de 311 centímetros y estaba lleno de arena llevada allí por las aguas durante la estación de las lluvias. Cada estación había depositado una capa, separada de la del año anterior por un del-

la arena dos períodos de sedimentación. La parte más antigua presentaba indicios de remoción y se componía de 710 capas sucesivas. Parecía que un choque (quizá un terremoto) había producido un hoyo cónico, en el que había otras 235 capas nuevas depositadas en tiempos posterior-

res. Así, por lo menos 945 estaciones lluviosas habían transcurrido desde que se habla iniciado la sedimentación de arenas a la entrada de la galería. Por otra parte, no es posible establecer definitivamente cuándo ha terminado ese proceso. Por lo tanto, el trabajo de esta mina conclu-



Que aquel hombre, sin ser por eso bice, llevaba el ojo derecho en lugar del ojo izquierdo, y viceversa.

¿Merece el esfuerzo que cuesta la inmortalidad, para después recibir la ofrenda de esas flores de piedra que la estatua del pedestal ofrece al estatuido?

No se notan muchas locuras inofensivas, como por ejemplo la de ese caballero que cree llevar bajo el brazo un paquete que no lleva.

A veces dibujaba, pero le dió por comerse el polvorón de la goma y tuvo que dejar de dibujar. ¡Pero eran tan ricas las gomas recientes, masticables, de un granulado justo que borraba hasta los dolores de estómago!

¿Por qué el hombre de barbas apricta fieramente contra un ángulo de su pecho el libro que lleva?

Es un fenómeno que tengo observado en muchos hombres de barbas y que coincide en todos ellos.

Quizá es que la sensación del hombre de barbas es un tanto orgullosa y se cree en la proa de sí mismo, acosetido por un viento de envidia y de expectación que le hace esbizar de ese modo violento el libro que transporta.

El hombre de barbas — ¡ilusión de los pobres seres humanos! — cree que quiere desplumar y arrebatarle las barbas a un aire alveoso.

Si se les observa más se verá que son los que llevan el sombrero atado con la cuerditita al ojal o al primer botón de la americana.

La mano del gorila es muy diferente a la mano del hombre.

La piel de la palma se despega como una falsificación y tiene un abolsamiento de membrana animal. Esa cenituda tersa, bondadosa, ya reprimida de salvajismo que hay en las manos civilizadas, es incomparable con el guante toscos y falaz de la garra gorileca.

Y la mano del gorila lo sabe y está pidiendo constantemente la caridad de un poco de espíritu, la limosna de algo de humanidad.

¿No habría visto cómo sobresale con esa imploración por entre los barrotes de las jaulas? ¿Habría pobre que pida tan así a la puerta de las catedrales?

Esta manía de los hombres de hacer "cocktails", leyendo a la diversidad más repugnante, hará que el Creador, un día, mueva la tierra con todos sus seres y mezclándola con algún otro planeta en la "cocktelera" inmensa del vacío, se lo sorba toda de un sorbo.

yo a lo menos hace 1000 años. Y esta mina es una de las del segundo período.

No es difícil conjeturar con qué propósito se usaba el estaño de estas minas. Servía para la manufactura del bronce, que contiene alrededor del siete por ciento de estaño. Se han encontrado muchos moldes, que prueban que el bronce se fabricaba en el mismo sitio. El ingeniero Max Baumann calculó en el año 1912 que las antiguas minas de Rooiberg deben haber producido alrededor de 2000 toneladas de estaño. Desde entonces se han descubierto otras tantas minas y galerías, de manera que aquella cifra puede elevarse con toda probabilidad a 3000 toneladas. A la proporción de siete por ciento usada, significa que la producción de bronce ascendió aproximadamente a 80 millones de libras. ¿Adónde habrá ido todo ese bronce?

Por otras observaciones no es difícil responder esa pregunta, porque todo el bronce del Sudeste africano, o como se le llama, el bronce suderítico, presenta una composición especialmente curiosa.

Era más importante para nosotros establecer el hecho de que las más antiguas minas no eran de origen portugués y habían dejado de trabajarse mucho antes de la Edad Media. Hay minas del período del bronce precristiano. El distrito minero es evidentemente muy antiguo. La edad de esas capas de cultura puede conocerse por muy debajo de las grandes maquinarias que la civilización moderna emplea para dar a luz los incalculables tesoros de Africa del Sur. Las informaciones que nos proporcionan las antiguas minas son valiosas para ayudarnos a reventar el velo que aun cubre los secretos